

« Ideología y cultura: en el jardín de los senderos que se bifurcan »

Iván de la Nuez

A propósito de la exposición *Ciencia e ideología* de Arturo Cuenca, este artículo se aproxima al tema y ensaya una reflexión, inducida por la muestra, de uno de los más polémicos artistas plásticos cubanos.

"El ejecutor de una empresa atroz debe imaginar que ya la ha cumplido, debe imponerse un porvenir que sea irrevocable como el pasado".

J.L.B.

Ante los múltiples laberintos que enfrenta el hombre contemporáneo, ninguna posibilidad resulta inimaginable. Vivimos una época apocalíptica enmarcada con ejercicios retóricos esperanzadores. Senderos en los que el hombre finisecular se adentra confundido y no siempre —como aconseja un personaje de Borges en cada encrucijada del camino dobla a la izquierda.

En los vericuetos de la creación actual encontramos novelas que en realidad son ensayos, ensayos de "ficción" prestos a la novelación, y no es difícil (aunque sí sorprendente) tropezar con una exposición de pintura que lleva título de conferencia monótona.

No quiero ubicarme ante ella, ni puedo, en la posición del filósofo. No procuro recorrer los derroteros de la teoría marxista sobre la ideología ni aducir, al menos de manera directa, lógicas derivadas de una reflexión ya centenaria.

Prefiero colocarme en un punto intermedio del camino e intentar una función descodificadora de un proceso intelectual amplio en tiempos y espacios.

Si miro hacia atrás puedo percibir una clave: legitimaciones sucesivas a tener en cuenta. La teoría como legitimadora de la ideología y ésta como legitimadora del poder, imprescindible y necesario, transitorio y fugaz. Una vista al horizonte y puedo divisar el fin de la ideología y la inmortalidad de la cultura.

Estoy situado en el lugar del historiador. Preveo —con su reafirmación consecutiva— el fin de relaciones diversas.

Pienso. La vinculación cultura-ideología es el nudo, el puente entre el arte y el Estado.

Vamos a los cuadros de la exposición.

Un hombre que contiene una región de la cultura (la ciencia) en su cabeza expresa, con la palabra, los mensajes ideológicos.

Luego volveremos a él. Ahora imaginemos posibles variantes:

a) Un hombre ideal. No siente presión sobre sí. Expone la ciencia que tiene en su cabeza. Es miembro de una especie (futura) superior. Portador de una apreciable paridad entre su pensamiento y su lenguaje, el cual, por cierto, no necesitará los disfraces del mundo de hoy.

b) Un hombre cuyo pensamiento está hecho de retórica. El proceso será inverso. No tendrá contradicción que no sea la propia (terrible) emitir su no-pensamiento. Es prisionero de su palabra —conformada por palabras de otros— y con esa base nutre su masa encefálica para repetir el círculo (vicioso) de informar su no-lenguaje.

c) Un hombre sin palabras. Ha optado por los sonidos del silencio. No tiene expresión oral que nos muestre una actitud reconocible. Posición de cierta dignidad, resulta igualmente paradójica. A contrapelo de la lógica tan cara a Marx, acostumbramos medir a los seres por lo que piensan de otros y de sí. Es aconsejable en estos casos observar la actuación de esta especie humana, pues aquellos que se han suprimido del habla sólo les queda la acción.

d) El hombre vacío. Una suerte de esponja sin expresión ni ciencia que la informe. Está abierto a todos los puntos cardinales; lo acarician todos los vientos. Carece de originalidad de pensamiento y lenguaje. Poco puede hacerse por él, aunque abunda en esta fauna misteriosa de lo humano.

Regresamos a la muestra.

Me abruma tanta razón. Tengo la esperanza de encontrar puntos sensoriales. Voy a la caza de elementos parciales, zonas de fantasía, signos crípticos.

Fracaso absoluto.

Nada más conceptual y totalizante que esta exposición. Así como el ecologista considera a la tierra en tanto totalidad para establecer su universo investigativo, el pintor se ha planteado el conocimiento como medio total para la comprensión, transformación y hasta la creación del mundo circundante. No a la manera de los postmodernos —que incorporan varias racionalidades y ninguna globalidad— sino a la usanza de una tradición marxista (no única por cierto) que entiende esta corriente de pensamiento como una ideología científica.

Invierto los términos. Dejo al artista, sobre todo a su obra, esta excesiva lógica racional y practico entonces una especie de ensayo "sensorial"; me permito recurrir a Borges y a las fabulaciones.

Resulta que la ideología, como legitimación del poder, se torna una forma de ejercicio del mismo. Por ello los procesos ideológicos atraviesan directamente la razón del Estado, mientras que la cultura, con una especificidad muchas veces ol-

vidada, lo hace de modo indirecto y distanciado.

El socialismo parece llamado a resolver —recuerdo que no estamos, transitamos hacia él— esta milenaria diatriba entre la cultura y el poder.

¿Cuántas veces morirá Virgilio sin resolver su tremenda agonía?

¿Conoce la respuesta el hombre que estamos mirando?

No lo sabemos. Puesto que él vive la más difícil de las posibilidades, que no es precisamente, la de obligarse a callar, sino la de obligarse a decir. Frente a estos cuadros, una conclusión es esencial: un exceso de ideología (en el sentido que muchas veces asume la retórica vana) es directamente proporcional a una carencia científica.

No es, en rigor, una impugnación a la ideología. Estas obras, a mi juicio, la legitiman. Simplemente rechazan el discurso que construye una (ir) realidad lejana y altanera.

No se trata de un pintor "perdonable" que usa la filosofía como un hobbie. Antes bien, refleja una preocupación —determinada principalmente por nuestras ausencias teóricas— y la necesidad de conformar una cosmovisión que no encuentra en la palabra. La palabra funciona como un estímulo, pero no para seguirla, sino para hurgar en la cabeza que la anima.

El código es claro y esperanzador.

No niega la ideología. Reclama para ella la calidad correspondiente. Incluso propone fortalecerla como único camino hacia su destrucción. No espera un mañana promisorio; incide para alcanzarlo. No tiene el pesimismo del que viene del Paraíso Perdido; carga la esperanza del que acude a la Tierra Prometida.

Y todo esto desde la barricada de un resultado plástico acabado, nítido, casi presumido. Puesto que, por encima de todos estos signos conceptuales, reconocemos la prevalencia de un arte distinguido. A nadie puede escapar la excelencia, la búsqueda, el vanguardismo de estas obras que son ya referencia obligada en nuestro vastísimo continente plástico.

Vuelvo una vez más al hombre en cuestión y adivino enigmáticos indicios que anuncian la consecución de una utopía racional. Los últimos —como adelantaron en su tiempo Jesús y Marx— serán los primeros. Al final será la nada o todo se volverá cultura —¿quién lo duda hoy?— la memoria de esta última está destinada a sobrevivir sobre la memoria del poder.